

El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos

Julio Verne



Anselmo de los Tilos es el último descendiente de una vieja familia de marqueses inútiles, quien además de haber heredado la riqueza económica y la personalidad de sus antepasados, posee una fealdad inexpresable, que no le permite hallar esposa. Su profesor de latín, Naso Paraclet, conmovido por la situación de su alumno y amigo, decide ayudarlo secretamente para conquistar a la fecunda novia que deberá salvar a la familia de los Tilos de su inminente extinción.



Jules Verne

El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos (Edición SHJV)

**Obras completas de Julio Verne (SHJV) - Cuentos vernianos -
19**

ePub r1.2

Titivillus 06-01-2018

Título original: *Le mariage de M. Anselme des Tilleuls*

Jules Verne, 1991

Traducción: Ariel Rodríguez Pérez

Prólogo: Ariel Rodríguez Pérez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2





Asociación literaria y cultural sin ánimo de lucro creada en el 2012 en Palma de Mallorca, España.

En colaboración con:

Sociedad Hispánica Jules Verne

Recuerdos de un soltero de veintisiete

Prólogo a la traducción española de «El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos»

Mucho antes de escribir sus más famosas novelas, Jules Verne se complacía escribiendo durante sus días de juventud, experimentando con disímiles géneros: obras de teatro, poemas, cuentos, ensayos y artículos científicos. Todos ellos ya mostraban —aunque la mayoría de estos trabajos no fueron publicados hasta años después— lo que sería el Verne de los *Viajes extraordinarios*, puesto que en muchos de estos textos ya se dejaban ver las ideas y el estilo que poco después le proporcionaría su magistral entrada al mundo de las letras.

En medio de los años cincuenta, el matrimonio constituye para Verne una preocupación importante. A su madre, que le habla constantemente de proyectos matrimoniales, le responde con tono cínico, recordándole que los amores infelices de su juventud estaban tan vivos que esto le impedía contraer vínculos conyugales. Es por esta época que Verne pasa a ser miembro de un grupo parisiense, «Los once sin mujer», compuesto por solterones empedernidos. Es el propio escritor quien se mofa de muchos de sus amigos, cuando estos desertan y se aprestan a casarse. Para él, todo matrimonio es

objeto de burla.

La burla y el tono irónico, en ocasiones bufón, también están presentes en «El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos», una de aquellas historias de juventud.

Aún no se ha podido determinar la fecha de redacción del relato. Olivier Dumas la ubica en el año 1855, apoyándose en que Verne había cumplido en este año sus veintisiete primaveras, es decir la edad que le atribuye a su marqués. Esto nos situaría exactamente dos años antes de su matrimonio. Por otra parte, otro de los estudiosos de la obra verniana, Daniel Compère la ubica dos o tres años más tarde. Lo cierto es que el manuscrito, aun cuando está firmado, no tiene fecha de redacción.

No fue publicado en su momento, porque como tantos otros podía ser considerado como marginal para la época y quedó en posesión de la familia del francés hasta el 8 de julio de 1981, cuando la ciudad de Nantes se decidió a adquirirlo a la muerte de Jean-Jules Verne, nieto del escritor.

Anteriormente, en 1971, Charles-Noël Martin habla de la existencia de esta historia en su bibliografía *Jules Verne, sa vie et son oeuvre* y la sitúa entre las piezas de teatro sin fechar. André Bottin, en 1978, la cita en su bibliografía de manera idéntica. El primero en clasificar correctamente la historia es Daniel Compère, en 1978, en una bibliografía publicada por el *Centro de documentación de Amiens*.

Dicha venta de 1981, permitió que, un año más tarde, Daniel y Olivier estudiaran el manuscrito. Luego, en 1985, Piero Gondolo della Riva, el famoso investigador verniano italiano, la cita en su célebre bibliografía sobre las obras de Verne. Pero aún la historia continuaba —al igual que otras— siendo inédita. Solo quedaba publicarla para que de ese modo el lector asistiera al encuentro de un Verne desconocido, lleno de humor e ironía; a un Verne arropado de gran influencia teatral, que crea, al decir de algunos especialistas, su mejor vodevil.

No fue hasta 1991, que la ciudad de Nantes, en su colección de cuentos *Manuscrits nantais*, puso a disposición de los lectores la tan esperada historia, publicada junto a otro gran número de obras también inéditas. Luego vendrían otras dos ediciones del cuento. En el propio año 1991, Jean-Michel Margot, presentaría una edición anotada y completa, y en el año 1993 volvía a aparecer en el libro

San Carlos et autres récits inédits editado por Christian Robin.

Existen dos interesantes direcciones en el contenido del relato. Primeramente, el tono burlesco que Verne da al matrimonio y para esto lo hace por intermedio de su personaje principal, el marqués Anselmo de los Tilos, que representa el último de una descendencia de noble linaje próxima a extinguirse. La mofa, los juegos de palabras y la ridiculez de los nombres propios de los personajes son elementos visibles al hacer una primera lectura de la obra. Los ejemplos extraídos de la gramática de Lhomond^[2] y las citas de Virgilio le permiten al joven autor trazar a través de todo el relato una relación humorística entre la gramática latina y el matrimonio.

El segundo punto que retiene la atención es el importante rol jugado por la gramática y literatura latinas. Propiamente hablando, no es que el autor haga prueba de erudición, puesto que los conocimientos divulgados en la obra son aquellos que se podían escuchar de todo bachiller al terminar los estudios secundarios clásicos en Francia. La lengua latina —a la que Verne dedica cierto tiempo de estudio— constituye uno de los principales motores impulsores de la obra y los recuerdos de las conjugaciones y las declinaciones que debió aprenderse de memoria debían haberse agolpado en la mente del joven escritor mientras la redactaba.

Verne tomó varios de los elementos de su vida diaria para concebir la esencia de la historia, máxime cuando se dice que él originó un gran número de sus cuentos tomando como base las experiencias de sus viejos profesores del liceo y a la aristocracia provincial de su ciudad natal. Además se ha dicho que la ciudad de C... —la de la historia— es sin dudas su natal Nantes y el devoto Naso Paraclet, latinista y discípulo de Lhomond representa seguramente a un profesor del colegio Saint-Stanislas, escuela donde estudió durante muchos años, en particular en 1842, donde el personaje principal de la historia celebra sus veintisiete años.

Por otra parte, Verne nos hace ver en esta historia uno de los rasgos distintivos de la serie de los *Viajes extraordinarios*: el juego de palabras y la formación de nombres propios a partir de combinaciones de otros.

En el relato casi todos los nombres de los personajes tienen influencia latina. Tomemos por ejemplo el de la señora Mirabelle. Este nombre proviene de las palabras latinas *mirari*, que significa

«admire, contemple» y *bellus*, que significa «bello». El nombre del presidente Pertinax esta formado por *per* (de un lado al otro) y *tenere* (tener), lo cual le da el sentido de que es una persona testaruda y obstinada. Maro Lafourchette hace referencia a Virgilio —el autor de *La Eneida*—, cuyo nombre latino completo es Publius Vergilius Maro. Naso hace referencia a Ovidio cuyo nombre completo es Publius Ovidius Naso. También Paraclet, que es su apellido, es uno de los nombres con el cual se designa al Espíritu Santo. A su vez, el propio nombre de Naso, pronunciado bastante similar a la palabra francesa *nasal* da la sensación de imaginar al profesor con un apéndice nasal de una dimensión poco habitual. El nombre de la familia del personaje principal proviene a su vez del nombre de una planta.

Poco más de veinte años después de aparecer aquella primera edición francesa, se publica en este compendio de cuentos vernianos la traducción al castellano de «El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos», obra muy difícil de traducir a cualquier idioma dada la cantidad de expresiones en latín que la adornan, además del constante uso que Verne hace de palabras antiguas del idioma francés, los juegos de palabras y las expresiones de doble sentido.

Ariel Pérez Rodríguez

EL MATRIMONIO
DEL SEÑOR
ANSELMO DE LOS
TILOS^[1]

Jules Verne



El marqués Anselmo de los Tilos había llegado, en 1842, a la racional y púber edad de veintisiete años. Es esta la época ultramontana de la existencia en la que los adolescentes terminan con las locuras de una juventud bien aprovechada, a menos que no las comiencen. Corresponde a ese período feliz de la vida donde se puede hacer aquello que, en un lenguaje enérgico y paternal, se conoce como tonterías.

Para abreviar, Anselmo de los Tilos representaba un joven de cabellos encanecidos, estirado en las puestas del sol. Sus cabellos, en abierta rebelión con las leyes de la geometría capilo-práctica, proponían a los más hábiles peluqueros un teorema insoluble, cuyos tiesos y erizados corolarios lanzaban el terror entre un centenar de muchachas de los alrededores. Por el contrario, los brazos simiescos, las piernas zancudas, los ojos extraviados, una dentadura adornada en palisandro y las orejas de escolar le atribuían al joven marqués un encanto indescriptible y un atractivo inexpresable.

Grande de cuerpo y pequeño de ideas, ancho de pecho, pero estrecho de cerebro, fuerte de hombros, pero débil de espíritu, de constitución física fuerte y pobre de inteligencia, ya fuese juntando montañas como Encelado^[3], o viviendo una existencia puramente vegetal, debía, indudablemente, ganar el reino de los Cielos.

Sin embargo, a Anselmo de los Tilos le prodigaban una cierta estima cuando lo miraban desde lejos. Como los altos monumentos, requería la lejanía de una perspectiva rehabilitadora. A cien pasos de distancia, se podría decir que se asemejaba a una arquitectura piramidal. A ciento cincuenta pasos, representaba, de forma exacta, al amable ser de la gran sociedad. A doscientos era un Antinoo^[4], y

las chicas comenzaban a sentir que una palpitación desconocida levantaba sus virginales tocas. Finalmente, a doscientos cincuenta pasos, las mujeres casadas lanzaban siniestras miradas sobre el esposo de sus encantos, y se las ingeniaban para combinar los artículos homicidas y conyugales de los códigos civil y penal.

Sin embargo, las calles sinuosas de la ciudad de C... apenas le permitían al joven marqués alcanzar estas bellas perspectivas. Y además, ¿de qué manera comprometer a las mujeres a semejantes distancias?, ¿cómo seducir a las jóvenes sin un poco de proximidad?, ¿cómo satisfacer, con una palabra lanzada de una calle a la otra, los más dulces sentimientos del alma?

De tal modo, los maridos y las amantes dormían entre las sábanas de la indiferencia. Colmaban así al joven Anselmo de atenciones amistosas y para su seguridad personal crearon, de mutuo acuerdo, un pararrayos contra sus descargas.

De acuerdo a las observaciones hechas a la Oficina de las Longitudes, el marqués de los Tilos se elevaba a un metro y noventa y cinco centímetros sobre el nivel del mar, pero su inteligencia alcanzaba no menos de tres metros por debajo del más tonto de los cetáceos. En cuanto a las facultades intelectuales, solo la esponja lucharía con él de forma desfavorable.

Sin embargo, el señor Anselmo de los Tilos llegó a ser marqués, ni más ni menos, y un marqués chapado a la antigua. ¡Sus vestimentas eran símbolo de la pura nobleza! ¡Su cuerpo nunca había experimentado una de aquellas bañeras gubernamentales de escasa nobleza! Ni bribón, ni burgués, ni villano, ni mercader. Era marqués y a justo título.

Puesto que su antepasado Rigoberto tuvo la nobleza de espíritu y la grandeza de alma necesarias para curar a Luis el tartamudo de una indigestión avanzada, en el año de gracia de 879, utilizando las hojas de una planta de tilo que crecía en su pedazo de tierra, fue hecho noble inmediatamente por la agradecida y aliviada realeza.

Desde esta época memorable, la familia de los Tilos había sembrado sus raíces en su madriguera, sin preocuparse de las invasiones extranjeras, o de los eventos foráneos, poniéndose a disposición, tan inútilmente como fuese posible, de su estimado país.

Durante la defensa de París por Eudes^[5] en el año 885,

Rigoberto de los Tilos se escondió en el sótano de su casa.

En la época de las Cruzadas, Atanasio de los Tilos y sus cinco hijos se cruzaron de brazos.

Bajo el reinado de Luis XI, en el momento de la Liga del Bien Público^[6], Exuperio de los Tilos no se preocupó más que de su bien particular.

En la batalla de Pavía, Francisco I^[7] lo perdió todo, excepto el honor. La señora Aldegunda de los Tilos se dejó amar por un jovencuelo y perdió un poco más que el rey de Francia.

En el día de las barricadas^[8], la familia de los Tilos no hizo más que hacerla detrás de su puerta, dando un ejemplo poco digno de imitar en nuestros días.

Durante el sitio de París por Enrique IV, en medio de la gran hambruna, Perefigo de los Tilos, lejos de comerse a sus hijos, los alimentó con algunas provisiones cuidadosamente acumuladas en sus áticos atestados.

Bajo el reinado de Richelieu^[9], los descendientes de este ilustre linaje aprovecharon el desorden para vivir en una paz profunda, y durante la guerra de Holanda^[10], Nepomuceno de los Tilos, no hizo más que luchar contra las ratas que les devoraban los quesos de su reino.

Durante la guerra de los siete años^[11], la señora Fredegunda de los Tilos engendró siete bellos niños y, a menos que se sospeche de su virtud, sería necesario creer que durante ese tiempo Agliberto de los Tilos, su valeroso esposo, no combatió al gran Federico al lado del mariscal de Sajonia.

En fin, estos apetitosos aristócratas no eran lo suficientemente nobles para ser sospechosos en el noventa y tres^[12], pero lo fueron para que les tocara su parte en la indemnización al regreso de los Borbones^[13].

Por consiguiente, Anselmo de los Tilos, último de esta descendencia, marchaba sobre las huellas de sus ilustres antepasados. No era ni bello, ni corajudo, ni pródigo, pero ignorante, cobarde y simple. En una palabra, marqués, bien marqués. ¡Solo por la gracia de Dios y la indigestión de Luis, el tartamudo!

En 1842, tomaba lecciones de latín de un estimado profesor, de nombre Naso Paracleto^[14], hombre versado en el estudio de la

lengua latina, y cuya completa inteligencia costaba trescientos escudos por año.

Era el director espiritual del joven Anselmo, el mentor severo de un Telémaco vestido con piel de marqués, puesto que el pobre alumno no veía, no escuchaba, no comprendía más allá de lo que le enseñaba su profesor.

Los discursos de Naso Paracleto estaban impregnados con esa casta tranquilidad que distinguió al devoto Eneas^[15], su héroe favorito. Sus oraciones se adornaban incesantemente de fórmulas y de ejemplos tomados de la gramática latina de Lhomond, profesor emérito de la antigua Universidad de París^[16].

—Ventre de cierva, señor marqués —le decía de buena fe el devoto Paracleto—, usted es de una nobleza no menos vieja que antigua, y labrará su camino. *Viam facietis*, porque no me atrevería jamás a tutearlo en esta lengua divina, pero deshonesta.

—Sin embargo —contestó el desdichado de los Tilos— tengo veintisiete años cumplidos. ¿Quizás sería este el buen momento para iniciarme en los secretos del mundo?

—*Cupidus videndi*^[17]. Sus reglas de conducta y gramática están todas contenidas en Lhomond: desde *Deus sanctus*^[18] hasta *Virtus et vitium contraria*^[19], los altos principios de la sintaxis y la moral se encuentran claramente explicados y deducidos.

—Sin embargo, en fin —respondió el joven Anselmo—, ¿no es necesario que un matrimonio adecuado venga a renovar a mi familia ya casi extinta?

—Sin duda alguna, señor marqués, sobre usted descansa la esperanza de todo un noble linaje. ¡*Domus inclinata recumbit*^[20]!

—*Recumbit humi bos*^[21] —ripostó de los Tilos para hacer gala de su conocimiento.

—Mil excusas, mi ilustre alumno, se confunde... *Procumbit humi bos*^[22] significa que el buey se cae en la tierra, y esta oración es usada por Virgilio en una circunstancia diferente. *Domus inclinata recumbit* significa palabra a palabra: *domus*, su familia; *inclinata*, que se va a extinguir, y *recumbit*, cuenta solo con usted.

—¿Pero quién me querrá amar, mi buen Paracleto?

—¿No cuenta usted acaso con cuarenta mil libras de renta? ¿Desde cuándo alguien se niega a casarse con cuarenta mil libras ofrecidas por veintisiete nobles años, acompañados de un marqués

de buena familia, cuando este marqués abriga sus riquezas bajo los vastos techos de un castillo bien defendido por un gran torreón? ¡Habría que estar loco o poseer cuarenta y un mil libras!

—A decir verdad —continuó el marqués—, ¿qué es el matrimonio?

—Señor —contestó el nombrado Paracleto—, no lo he conocido nunca. ¡Soy soltero desde hace cincuenta y un años, y jamás mi alma, ni en sueños, ha vislumbrado las felicidades conyugales! *Attamen*^[23], tanto como le es permitido a un hombre honesto, *vir bonus dicendi peritus*^[24], razonar por aproximación sobre las cosas que no conoce ni *de re aut visu, aut auditu, aut tactu*^[25] (y este último vocablo fatiga enérgicamente mi pensamiento), responderé con mis mejores deseos al señor marqués de los Tilos, puesto que mi deber es inculcarle los principios elementales del mundo hasta llegar, inclusive, a la procreación.

El profesor pensó que podía ahogarse después de esta larga oración, pero afortunadamente volvió a tomar aire, tomó su tabaquera adornada con una imagen de Virgilio portando un vestido negro y la cruz de la Legión de Honor, se introdujo el dedo pulgar, que contenía un gramo de tabaco, en su orificio nasal y dijo:

—Soy el devoto Naso Paracleto y le haré parte, señor marqués, de mis opiniones personales sobre ese nudo anti gordiano que se llama matrimonio, himeneo, *matrimonium*. Lhomond en su curso de moral aconsejó conjugar en primer lugar el verbo *amo*, que significa «amar». ¡Al escoger esta palabra existe una sutileza que puede escapar a primera vista, pero que escapa por completo a la segunda! Procedamos con un método sintético y analítico a la vez. ¿Qué significa *amo*?

—Amar —respondió gallardamente el joven Anselmo.

—¿Qué es esa palabra?

—Un verbo.

—¿Es activo, pasivo, neutro o deponente^[26]?

—Activo —dijo sin dudar el marqués de los Tilos.

—Activo. Es activo, e insisto sobre esta cualidad esencial —dijo el profesor animándose—. Es activo. Y para gobernar al acusativo, es necesario que sea activo, en ocasiones deponente, pero nunca pasivo, nunca neutro. Sigamos. ¿Cuando el verbo no está en infinitivo... entonces?

—Concuerda con su nominativo o sujeto.

—¡Admirable, mi noble alumno, y crea que sus veintisiete años de juventud no han sido desperdiciados! Concuerda con el nominativo o sujeto. ¿Y bien, quién es usted, señor marqués? Es... un sujeto, un buen sujeto, un excelente sujeto, un brillante sujeto. Como tal, es el nominativo de la oración, el individuo nombrado, bien nombrado Anselmo de los Tilos. *Ergo*^[27], gobierna usted a toda la oración. ¿Qué es la oración? Es la imagen de la vida con sus decepciones y sus comas, sus periodos y sus esperanzas, sus placeres y sus signos de exclamación. *Ergo*. Usted, sujeto, tome a su gusto todo aquello que la oración encierra en su seno desde el primero de los adverbios hasta la última de las preposiciones, y actúe necesaria y mediatamente sobre el complemento directo. Digo, mediatamente, porque entre este complemento y usted se encuentra el indispensable verbo, esta acción, que puesta en movimiento por el sujeto, somete irremediabilmente al complemento.

—¿Pero cuál es este verbo? —preguntó el joven Anselmo con creciente interés.

—Este verbo, es el verbo *amo*, o sea amar, el verbo esencialmente activo que gobierna, ¿qué? Al acusativo. Ejemplo: amo a Dios, *amo Deum*. El complemento se subordina al verbo, y por él mismo, al sujeto.

—¿Cuál es, entonces, ese complemento? —dijo el marqués encogiéndose de hombros.

—Aquí —contestó rápidamente el devoto Naso—, présteme toda su atención, mi noble discípulo. Existen, se dice, en la sintaxis del mundo, tres géneros muy distintos, como en la lengua latina. Usted pertenece esencialmente al género masculino, debido a que ha sido registrado como tal en la alcaldía de su pueblo, pero existen otros individuos que son neutros, como Orígenes, Abelardo^[28], etcétera, de manera que los verbos de esta naturaleza no concuerdan con ningún complemento en el acusativo. Ejemplo: estudio gramática: *studeo grammaticae*. En fin, el género femenino aparece ante nosotros y es este el que nos ocupa. La mujer, me han dicho, pertenece a esta última categoría. Es bien reconocible por su vestimenta habitual y por la ausencia total de barba en el mentón. Fue hecha esencialmente para ser gobernada, para permanecer bajo la acción directa del sujeto y del verbo, ella siempre está y debe

siempre estar en el acusativo con su acentuada figura. ¿Quién une entonces el sujeto al complemento, el nominativo al acusativo, el hombre a la mujer? Es el verbo, el verbo activo, muy activo, lo más activo posible. Este verbo que se encuentra de forma tan frecuente en el cuarto libro de *La Eneida*, que he debido pasar por alto por razones de pudor. Este verbo, esta marca de unión que une a Eneas a la reina de Cartago. *Æneas amat Didonem*^[29]. El matrimonio, esta es la conjugación de este verbo desde el presente lleno de miel hasta el infinitivo repleto de amargura. Conjugue a su gusto, señor marqués. Existen cuatro conjugaciones en la existencia y la sintaxis. Unas difieren por su movimiento y su imperativo, otras por su embriaguez y su supino^[30], otras por su efervescencia y su gerundio en *dus, da, dum*^[31]. Conjugue, noble de los Tilos, conjugue.

—*Amo, amas, amat, amamus*^[32] —dijo dulcemente el joven Anselmo, quien a cada suspiro vehemente de estas descripciones amorosas escuchaba mugir las hogueras de su corazón.

—Bien, señor marqués —dijo el profesor limpiándose su frente diluviana—. ¡Una última observación y partiremos para Citera^[33]!

—Hable, mi sabio Naso.

—Absténgase de admitir el pronombre en la oración. Su acusativo correría los más grandes peligros, puesto que este pronombre siempre toma el lugar del nombre o del sujeto.

Completamente instruido por esta discusión conyugal y gramatical, el joven Anselmo de los Tilos, excavaba noche y día en el cerebro para llegar a esas capas inferiores que ocultan los misterios más deliciosos. Pero la verdad obliga a decir que no cavó durante mucho tiempo, porque sus escasas facultades se estrellaron pronto contra la roca de la ignorancia.

Naso Paracleto estudió más que nunca estos principios de la moral plasmados en la gramática. Se remitió con éxito a la cultura moral de la hoja de vid, e hizo algunos comentarios útiles sobre las declinaciones irregulares de la lengua latina.

La ciudad de C..., en la que habitaban estos ilustres personajes, tenía unos siete mil habitantes, aunque, intelectualmente hablando, contenía a lo sumo doscientas almas, incluyendo las de las bestias.

Esta ciudad de provincia, de mentes estrechas y calles angostas, se levantaba a las seis de la mañana y se acostaba a las nueve de la noche, siguiendo el ejemplo de las gallinas en sus corrales. Durante

el día, se iba a sus ordinarias ocupaciones, desayunaba a la nueve y cenaba a las cuatro. Ciudad exenta de remordimiento y civilización, se acordonaba, se escotaba hasta el mentón inclusive, llevaba medias negras y zapatos negros, peregrinaba sobre largos pies, y golpeaba en manos aún más largas cuando aplaudía a los virtuosos de su propia cosecha. Las mangas de los vestidos se consumían en sus brazos, sus sombreros gozaban de una virtud antiadulterio y sus doncellas casaderas, que detenían por medio de resistentes corsés las avalanchas de sus encantos, poseían un verdadero cinturón de castidad. Cuando la noche llegaba, la ciudad se reunía con sus notables, se alumbraba con la linterna proverbial, y hacía resonar sus zapatos de madera sobre las angulosas calles.

Ahora bien, en esas indescriptibles veladas, los mamíferos no se mezclaban indistintamente. La nobleza, agrupada por su parte, aplastaba a los burgueses bajo los quintales de su arrogancia provinciana. Y sin embargo, muy pocos de estos dignos aristócratas podrían comparar sus títulos genealógicos con los arrugados pergaminos del marqués de los Tilos. Todos no tenían la dicha de haber tenido un antepasado que disfrutó de tal éxito farmacéutico ante un agradecido Luis, el tartamudo.

Es así que, a pesar de las sumas de fealdad insensatamente dispensadas para beneficio de los habitantes de C..., se miraba al joven Anselmo como un prodigio desde el doble punto de vista de la imperfección de sus rasgos y la nulidad de su mente. Naso era el que más cerca estaba de él. Se atrevía, incluso, a encontrarle un aire distinguido. Al escucharlo, era preciso estar ciego o estar a punto de serlo para encontrar a su alumno agradable, y, de ese modo, le aconsejaba a sus detractores ir a tocar el clarinete a través de los campos, *te clarinettam lusum*^[34], y nuevamente, usaba el supino, visto los movimientos y contorsiones que exige el toque de este instrumento nasal.

Sin embargo, el devoto Paracleto tenía empeño en preparar a su alumno apropiadamente. Sabía que tenía todas las debilidades humanas, como todo hombre. ¡No vaya a creerse que debido a que Anselmo no sentía nada, comprendía pocas cosas, y no deseaba más, sus sentimientos estaban en el estado de quimeras o de mitos! No. Su alma podía entristecerse como la de cualquier otro. Mantenía seca la pólvora de un corazón que solo esperaba un

frotamiento fosfórico que lo hiciera explotar súbitamente y de esa forma cubrir las virginidades circundantes con sus restos incendiarios.

¡Por eso es que Naso redobló el toque de los tambores antes las pasiones de su alumno e hizo reventar las pieles de asnos, para entrenar a Anselmo para el ataque! Cada mañana, creía oír que el joven marqués le decía: «Devoto Paracleteo, ¿qué terribles insomnios me atormentan?».

Anna soror, quoe me suspensam insomnia terrent^[35], lo cual ha traducido interior y libremente por: «Hermana Ana, hermana Ana, ¿ves algo venir?».

Pero como el sol brillaba ligeramente y la hierba se hacía verde en la rocosa imaginación de esta naturaleza granítica, el buen profesor actuó secretamente y entró en campaña para conquistar a la fecunda novia que debía salvar a la familia de los Tilos de su próxima extinción. Comparado con esta empresa, solo estaban las marchas de Alexandre, allá por la lejana fecha del día de San Juan. Naso no se ocultaba ninguno de los peligros de su expedición y para llenar su alma con las fabulosas narraciones de las viejas victorias, releyó día y noche a Jenofonte y Tucídides. Fue entonces cuando la retirada de los Diez Mil le pareció una obra maestra de la estrategia^[36].

Su corazón era grande y su amor inmenso. Nada le atemorizaba y estableció su campamento al alcance de un cañonazo: sobre las herederas vecinas. Es importante decir que había guardado sus espaldas, apoyándose en el árbol genealógico de los Tilos, protegiendo su ataque por las ocho mil piezas de cien soles que formaban el ingreso del joven marqués.

—Por Júpiter —se dijo—, ¿quién resistiría ataques similares? ¿La señora Mirabelle, con cinco hijas por casar? ¿El señor Pertinax, presidente del Tribunal, poseedor, se dice, de un acusativo de los más singulares? ¿El general de la Piedra Antigua, quien no sabe con qué nominativo puede concordar a su heredera? Se encuentran por las casas algunas declinaciones de muchachas sin usar. ¿Quién no querría unirse a la noble sangre de los Tilos? ¿Qué molinero no cambiaría su molino por un traje de obispo? Diría *Sic parvis componere magna solebam*^[37].

Por consiguiente, mientras que el joven marqués Anselmo, que

había llegado a su floreciente vigésimo séptimo cumpleaños, concentraba los nocturnos rayos de su inteligencia en la regla del *que* suprimido, el devoto Naso montó su caballito regenerador y picó sus espuelas con destino a las almas de las jóvenes herederas.

Anselmo penetraba en el espíritu de la lengua ausonia y Naso en el de la señora Mirabelle. De los Tilos se identificaba con el genio de Lhomond y Paraclet empleaba todo el suyo para inducir los pensamientos matrimoniales entre los corazones casaderos.

La señora Mirabelle era una mujer vieja, pero viuda, arropada con un vestido de verdes colores. Era grande, flaca, seca y gruñona. En su presencia, se soñaba involuntariamente con esos fideos que abundan en las llanuras de Champaña.

Algunos habitantes de C... de ideas extramundanas repetían que la señora Mirabelle se había consumido en vida gracias a las asperezas de su anguloso esposo.

Como quiera que sea, cinco jóvenes habían brotado de su áspero himeneo.

Estas estimables doncellas, que oscilaban entre veinte y veinticinco inviernos, estaban solteras. Su madre las conducía en sociedad bajo esta rúbrica conyugal y los pretendientes merodeaban unas y otras a riesgo de quemar las faldas de sus vestidos, mientras que las jóvenes agitaban sus vestidos de seda con la preocupación de no encarcelar a las mariposas.

Y sin embargo, cada una estaba orgullosa de sus cien mil francos de dote y lanzaban, con interés completamente metálico, miradas cargadas de fosfato de dinero. Sus ojos, diversamente coloreados como el echarpe de lirio, formaban una batería de diez botellas de Leiden, donde constantemente temblaban las apetitosas hojas de oro, si bien la violencia de sus descargas no había electrizado todavía a ningún hijo de familia y sus facturas eléctricas no se habían pagado.

Ellas se parecían más o menos a su madre, y su madre tenía un perfil bastante desagradable.

¿Qué fracasos podían entonces esperar al devoto Naso cuando, como el criado Landry, venía a asirse a este cinco de corazones?

Y así, arropado de negro, con faldas que acariciaban voluptuosamente un tobillo excitado, decorado con un chaleco brillante para las grandes veladas, un pantalón que profesaba una

lejanía imperdonable y unos zapatos de hebilla radiante, el osado Paraclete se aventuró al seno de estas vírgenes que la luna parecía haber olvidado en sus distribuciones de miel. Tanteó el terreno, comprendió, por los vagos suspiros, el vacío de estas almas desconsoladas, y expuso su solicitud con fina disposición.

No fue sorprendido por el florecimiento de aquellos rostros lozanos a la vista de los rayos del sol conyugal. Un número infinito de deseos multiplicados por cinco serían colmados. Cada mañana, las incomprendidas mozas se lamentaban y la esperanza de que llegara este día feliz alcanzaba, todos sumados, a mil ochocientos veinticinco suspiros por año.

—Sí, señoritas —dijo el devoto Naso—, es un doncel de un cierto futuro y de un pasado recomendable. Su corazón es el más nuevo de los corazones. Su alma es virgen de emociones incandescentes. Lámpara virginal que yo mismo he llenado con un nuevo aceite, la he inflamado con cuidado, y solo espera una llama propicia que haga en ella arder un fuego inextinguible.

—¿Y es apuesto? —dijeron las jóvenes a coro.

—¡Señoritas, no es solo apuesto, es magnífico!

—¿Es rico? —dijo la madre con una unanimidad inteligente.

—¡Señora, no es rico, es millonario!

—¿Espiritual? —preguntaron las jóvenes vírgenes.

—Lo suficiente para hacer las delicias de una mujer.

—¿Y se llama?

—*Sed tamen, iste Deus, qui sit, da, Tityre, nobis*^[38]. Me hubieran dicho si fuese Titirio. Háganos conocer ese Dios quienquiera que sea.

—¿Y bien? —exclamaron a una sola voz la madre y las hijas.

—¡El marqués Anselmo de los Tilos!

La horrible fealdad del marqués y el miedo de desposarlo efectuaron un cambio radical.

La mayor de las hermanas cayó desfallecida, la segunda experimentó un ataque de nervios, la tercera se cayó desmayada, la cuarta se cayó de espaldas, la quinta se cayó de bruces, y la madre se cayó de las nubes.

Estas caídas sucesivas le recordaron al buen profesor los castillos de naipes que solía hacer en su juventud. Haber desatado tantas síncopas al unísono, parecía, desde su posición, un abuso, pero,

eminentemente casto, tomó su coraje con una mano, su sombrero con la otra y salió diciendo:

Ipse gravis graviterque ad terram pondere vasto concidit^[39].

El devoto Naso tenía un gran corazón, y esas postraciones humanas no eran dignas de él. Volvió entonces hacia su alumno fingiendo un estoicismo sardónico.

Sin embargo, estamos autorizados a creer, que si hubiera tenido una cola, esta no hubiera permanecido erecta.

Anselmo de los Tilos era proclive a la syntaxis. Quizá esa laboriosa obstinación la sugería la necesidad de calmar las ardientes pasiones. Sin duda, los nenúfares de la lengua latina le llegaron al cerebro y el ardor de su sangre se calmaba ante las contemplaciones particularmente antiafrodisíacas de los misterios del *que* suprimido.

—Y bien —le dijo el último heredero de su nombre—, ¿qué pasó con las damas de la familia Mirabelle?

—Traduzca palabra a palabra —contestó Paracleto—, *mira*, contemple; *belle*, con cuidado, a qué familia pertenece, señor marqués, y no vaya a casarse con una persona de condición inferior. Esas damas son de pequeña nobleza, de pequeño espíritu, de pequeña fortuna, y solo tendría pequeños nietos^[40], lo que es algo inherente y exclusivo a los abuelos.

—Ay de mí —respondió lastimosamente Anselmo.

—Coraje, mi noble discípulo. Después de los verbos *aconsejar* y *persuadir*, etcétera..., ¿cómo se expresa el *que* o el *de*?

—Se expresa a través de *ut* con el subjuntivo.

—Le doy un buen punto por esa respuesta y me marchó, al instante, a la casa del general de la Piedra Antigua.

A lo dicho, hecho. Anselmo continuó con su tarea y Naso Paracleto, vestido como antes, dirigió sus melancólicos pasos hacia la bella Amaltulda.

Era la hija y el ídolo del general. Cada día, en el altar de sus caprichos, su padre se deshacía en sacrificios.

Físicamente esta joven estaba tallada en plena carne, ancha de espaldas, fuerte de caderas, rápida de movimientos y robusta de miembros. Su carácter era duro, su vivacidad petulante y su temperamento indomable. En lo que concierne al exterior, se cubría con un quepis^[41] y se engalanaba con un traje de campaña. Llevaba una mochila a la espalda y no tenía necesidad de esperar una orden

para lanzarse a la batalla. Su padre había vencido a batallones enteros y ahora era derrotado y se batía en retirada ante las voluntades de su hija. Era una amazona en toda regla, sin el arco y las mutilaciones necesarias para servirse. ¡En una palabra, tenía suficientes municiones en las venas!

Para poder enfrentar a esta joven, se necesitaba la unión de dos valerosos hombres como Áyax y Aquiles. Se le tomaba por un baluarte con sus barbacanas, aspilleras y catapultas. Tenía los aires de un cañón cargado y listo para la metralla.

El devoto Naso, acorazado en su propia conciencia, ponía su fe en Dios y en Lhomond, su profeta de la lengua latina.

Iba a cercarla en toda la extensión de la palabra. Importaba entonces preparar de antemano las paralelas de prudencia y minar el territorio. En cuanto a las trincheras, el buen profesor poseía bastante de aquellas que producen un temor indomable. Su partida apenas comenzaba. Preparó el ataque, se colocó su escudo y se presentó en el cuartel del general.

Fue recibido por un perro vestido de portero y, después de varias animadas insistencias, lo llevaron ante la noble Amaltulda de la Piedra Antigua.

La historia no guardó recuerdos de esta memorable entrevista, en la que, en presencia del general y su hija, Paracleto pidió esa valerosa mano para su querido alumno.

No se sabe si fue realmente la mano lo que le dieron en esta circunstancia, ni en qué lugar la recibió. Para abreviar, después de cinco minutos de una explicación parlamentaria, el profesor se batió apresuradamente en retirada, abandonando su proyecto y su sombrero en el campo de batalla. En pocos instantes, acababa de soportar el fuego de sus adversarios, limpiar el sudor de su frente, desempolvar sus posaderas y encajar un considerable revés.

Su huida precipitada lo llevó rápidamente hacia la grada del castillo de los Tilos. Subió contando sus pasos por la escalera señorial y llegó a la habitación del joven marqués.

Lo encontró envuelto en lágrimas ante el párrafo de verbos en el indicativo en francés que debía representar al subjuntivo en latín.

—¿Qué tiene, señor y estimado alumno? —preguntó Naso con inquietud.

—Buen profesor —respondió Anselmo—, cuando la palabra

«cuánto» está entre dos verbos, ¿necesita que el segundo esté siempre en subjuntivo?

—¡Exactamente!

—Por ejemplo —continuó Anselmo—: Vea *cuánto* la amo, *vides quantum te amem*.

—Bravo, señor marqués. Esta aplicación está llena de melancolía. Continúe.

—*Vides quantum te amem*. Ya creo oír a la señorita de la Piedra Antigua repetirme esa dulce oración.

Naso no frunció el entrecejo, pero con su voz más profesoral dijo:

—Cuando se quiere marcar desde hace cuánto tiempo algo se hace, ¿en qué caso se pone el sustantivo que expresa el tiempo?

—Se emplea el acusativo.

—Bien. ¿Ejemplo?

—He sido amigo de su padre durante varios años —respondió Anselmo—, *multos annos utor familiariter patre tuo*.

—Sí, señor marqués —respondió el hábil Paracleto—, estaba fuertemente unido a su padre, y él consideraba como indigno de sí esta nobleza que se mantiene sobre la punta de una espada. Por otra parte, si el tiempo ha pasado, el sustantivo debe ponerse en ablativo con la partícula *abhinc*. ¿Ejemplo?

—Hace tres años que murió —dijo el último de los Tilos—, *tres abhinc annis mortuus est*.

—Sí, tres años, señor marqués, y sus últimas voluntades aún resuenan en mi memoria. Sin embargo la hija de un guerrero no es digna de cruzar la juventud de su raza con la antigüedad de la suya, ni de suspender su caballo de batalla en las nobles ramas de los Tilos. Si aceptase su mano creo que se arrepentiría, *credo fore ut te poeniteret*, como dice la gramática. Voy por tanto a visitar al señor presidente del tribunal del Palacio de Justicia, mientras que usted repetirá, a propósito de nuestras investigaciones gramaticales y matrimoniales, el caso que se da cuando el verbo latino no tiene futuro en el infinitivo: *credo fore ut brevi illud negotium confecerit*, es decir, creo que este asunto habrá terminado bien pronto.

Después de esto, el devoto Naso dejó a su alumno, y atrayendo, hacia la cisterna de la adversidad, el agua hirviente de coraje, se llenó de valor para ir a enfrentar al primer magistrado de la ciudad.

Proh pudor^[42]. ¡Era romper con la costumbre! Era vestir de un negro ropaje y de un toque oscuro los célebres antepasados del marqués. Había algo de la garza real de La Fontaine en la conducta de Naso Paraclete. ¡Después de haber despreciado a la flor y nata de la alta aristocracia, se lanzó sobre las huellas de las herederas de segundo nivel!

El señor Pertinax tenía algo en común con varios jueces de París y de la provincia: su siesta la hacía sobre el sillón del juzgado, y en las dulzuras de una ociosidad magistral, con la ayuda de una somnolencia judicial, digería largamente los alegatos y los desayunaba en la mañana.

El devoto Naso había oído decir que tenía una encantadora hija, pero nunca la había visto. El primer magistrado se encerraba en una morada inaccesible y era un hombre poco comunicativo.

Según los chismes pueblerinos, su damisela había sido educada en uno de los mejores colegios de la capital, y el cielo la había dotado de una belleza sobrenatural.

Pero estos rumores volaban raramente por la ciudad y era preciso ser un hábil cazador de noticias para sacar algo en claro de aquellos comentarios.

Sin embargo, Naso llevaba muchas buenas nuevas en su bolsa. A la joven daría una fortuna razonable y a su padre, los precedentes piramidales en favor de la nobleza. La confianza, por tanto, había secado sus lágrimas cuando, a la salida de la audiencia, abordó al severo señor Pertinax.

El equitativo magistrado acababa de terminar un célebre asunto que resultó ser desventajoso para ambas partes. El deudor había sido condenado a pagar al acreedor y este último a pagar los gastos, que llegaban a ser el doble de la deuda.

El honorable presidente disfrutaba de ese aire inapreciable de un hombre en que la conciencia y el estómago se olvidan diariamente de gritar. Con un gesto que no carecía ni de dignidad, ni de importancia, le pidió a Naso que le hiciera conocer el objeto de su visita.

—Señor presidente —dijo el profesor confiado—, esta es a la vez una cuestión de mano y de un asunto grande, sobre el cual reposa la salvación de la sociedad.

—Hable, señor, me interesa demasiado.

—Ya lo creo, señor Pertinax.

—¿Desea —dijo este— que para esta comunicación haga venir al procurador...?

—Inútil es molestar, señor, al ministerio público. Mi explicación será breve, porque no me permitiría ser perezoso. *Non mihi licet esse pigro*^[43].

—Hable entonces, señor...

—Naso Paracleto, profesor de idioma latín y de otros, futuro sucesor de Lhomond, y miembro del Consejo General de Instrucción Pública de niños menores de siete años.

—Es suficiente —contestó el señor Pertinax, inclinándose.

—Señor —continuó Paracleto con la más amable de sus sonrisas —, estoy unido por el doble lazo del profesorado y de la amistad al hombre más rico de la ciudad, *ditissimus urbis*^[44], y sin dudas, al más notable de todos, *maxime omnium conspicuus*^[45]. La abolición de las prerrogativas aristocráticas aflige profundamente mi corazón, porque esta brillante relación aseguraba al viejo trono de una corona protectora. Soy uno de los soldados, *unus militum* o *ex militibus* o *inter milites* —dado que el nombre partitivo necesita el plural que le sigue al genitivo, o al ablativo con *ex*, o al acusativo con *inter*. Soy, he dicho, uno de los soldados de este pequeño ejército de valientes, que salvará la sociedad, levantando sus más nobles instituciones. Porque un gran infortunio nos amenaza, ¡*magna calamitas nobis imminet, impendet, instat*^[46]!

—Continúe, señor —dijo el presidente un poco asombrado.

—Mi joven alumno —dijo el elegante profesor— es abundante en riquezas y no le falta nada, *abundat divitiis, nulla re caret*^[47]. Sin embargo, posee usted a un noble vástago de su familia, señor presidente. ¿Por qué le preguntaría si quiere a sus hijos? *Quoenam mater liberos suos non amat*^[48]?

El señor Pertinax se inclinó en señal de asentimiento.

—Sin embargo, mi alumno, el señor Anselmo de los Tilos, marqués de nacimiento, ha caído en el precipicio de la melancolía. Estoy colmado de pesar, *moerore confictor*^[49]. No sabía a qué atribuir su triste estado, pero hube de comprender que el amor se adentraba en él. *Teneo lupum auribus*^[50], y me covencí de que era necesario casarlo. Sé que hacia él las herederas se precipitan en masa, *turba ruit* o *ruunt*^[51]. Pero solo hay una mujer en el mundo en

la que él ha posado la noble veleta de sus incertidumbres. Encontré el nombre de esta elegida del cielo. ¡Es su hija, oh, señor Pertinax! Desde entonces fue usted el centro de mis cuidadosas investigaciones, vi su casa, *vidi domum tuam* y admiré su belleza, *et illius pulchritudinem miratus sum*^[52].

—Dice que ese joven caballero ama a mi hija —respondió el presidente con una sonrisa—, o para hablar su idioma, *dicis hunc juvenem amare filiam meam*.

—No, señor —dijo Naso acalorado—, porque eso sería un error de sintaxis. Y es necesario cambiar el activo en pasivo cuando hay anfibología^[53], es decir cuando después de un *que* suprimido, el nominativo y el complemento estarían los dos en el acusativo en latín, sin que se pueda distinguir el uno del otro. Ejemplo: dice que Anselmo de los Tilos ama a mi hija, *dicis Anselmem ex Tillis amare filiam meam* está mal. Debemos cambiar la oración por: dice que mi hija es amada por Anselmo de los Tilos, *dicis filiam meam amari ab Anselme ex Tillis*?

—Como sea, señor Paracleto. De cualquier forma, me temo que ese no es más que un amor sin esperanza.

—Señor —respondió el profesor calentándose—, somos nobles desde la época de Luis, el tartamudo y poseemos cuarenta mil libras de renta. En el nombre del Cielo y de los reinos oscilantes... ¿por qué esta negativa?

—Porque no tengo una hija, solo tengo un hijo —dijo el señor Pertinax.

—¿Y eso qué importa, señor?

—Sin embargo, es usted portador de una extraña confusión.

—Es cierto —dijo Naso, lastimosamente—. Mi patriotismo me arrastra. ¿Por qué su hijo no es su hija? Pero quizá haya remedio para esto.

—No veo remedio alguno —contestó el primer magistrado.

—Señor —contestó Paracleto—, parece estar ocupado en este momento. Retomaremos más tarde esta seria entrevista.

—Ah, vaya. Puesto que le repito que solo tengo un hijo, es imposible que su marqués lo despose.

—En efecto, a primera vista, esto parece difícil, pero...

—Sus «peros» no tienen sentido.

—¿Existe acaso algún artículo del código contra mi proposición?

—agregó el obstinado Paracleto.

—Ninguno.

—Y bien.

—Señor —dijo el presidente furioso—, ¿debo llamar a mi portero para que le conduzca a la salida?

—*¿Quis te furor tenet?*^[54] No divulgue este asunto —dijo Naso enojado.

—Si no se marcha —exclamó el presidente furioso—, llamo a la policía.

—No está en sus cabales. Hablaremos luego sobre este asunto.

—Retírese —gritó el presidente rojo de cólera— o haré llamar a la guardia nacional.

—*¡Te relinquo*^[55]! —exclamó Paracleto encolerizado y en latín. Pero aún no he dicho la última palabra y mi alumno entrará en su familia.

El primer magistrado de C... iba a pasar de las palabras a los hechos cuando el testarudo profesor salió del palacio y se posesionó de una furia que iba del rojo al blanco pasando por el violeta. En algunas ocasiones, silbó unos estruendosos *quos ego*^[56], a los que respondieron los rebeldes ecos dirigidos a los asuntos de Neptuno.

Paracleto se hallaba ofendido en sus extraordinarias combinaciones; empleó en su monólogo las enérgicas fórmulas de Cicerón, y su cólera, tomando su fuente de las altas montañas del Orgullo, precipitó sus corrientes de apóstrofes y sus torrentes de invectivas entre las riberas insultantes de los *quousque tandem*^[57] y los *verum enimvero*^[58].

Caminaba gesticulando como un telégrafo ocupado. Se preguntaba si su alumno no debía tomar venganza de la negativa del señor Pertinax fundada en el vano motivo de que solo tenía un hijo. ¿No sería necesario que la sangre lavase esa ofensa? Le parecía que la guerra de Troya había comenzado a causa de intereses más frívolos. ¡Qué poca cosa el honor de Menelao comparado con la desaparición del linaje de los Tilos!

Como el desfigurado profesor caminaba de forma zigzagueante, chocó contra un corpulento cuerpo.

—*Cave ne cadas*^[59] —dijo.

—*Cave ne cadas* —dijo alguien.

El devoto Paraclet imaginó haberse encontrado con una piedra y

su eco.

—¿Quién es usted? —dijo.

—Señor Paraclete —contestó una voz humana—, soy el escribano del juzgado, tengo cabellos blancos, desearía que me escuchase.

—La corte ha deliberado —respondió Naso, con profunda ironía—. Viene a leerme mi pena de muerte.

—Señor —dijo el escribano—, firmo las actas de mi ministerio con el nombre de Maro Lafourchette, y soy su más humilde servidor.

—¡Entonces, sirva usted de punto de mira a las flechas de mi cólera!

—Señor, escúcheme.

—Usted, un simple escribano, un inocente portaplumas, un oscuro escritorzuelo, tropieza con un hombre como yo en sus ideas y sus paseos.

—Pero, en fin...

—Váyase, criatura infinita.

—Sin embargo...

—Váyase, burgués de los pleitos.

—No insulte a los pobres —articuló el escribano. *Ne insultes miseris*.

—O *ne insulta* —respondió Naso.

—O *noli insultare miseris*^[60] —ripostó el señor Lafourchette.

La cólera del profesor desapareció instantáneamente ante estas citas gramaticales. Había, pues, encontrado a un latinista de su altura.

—¿Para qué me desea el honorable escribano? —dijo.

—Escuché su entrevista con el señor Pertinax. Perdone mi involuntaria indiscreción. Puedo serle de alguna utilidad.

El hábil escribano abrió las puertas intelectuales del profesor con la doble llave de la insinuación.

—Me llamo Maro como Virgilio —dijo.

—Y Lafourchette como ninguno. ¿Entonces? —contestó Naso.

—Mi paternidad me lleva a poseer una muchacha casadera y en buenas condiciones. Está, usando el término que emplea Justiniano, *viripotens*^[61].

—¿*Viripotens*? —dijo Naso.

—*Viripotens* —reiteró Maro.

—Señor —respondió el profesor emocionado. ¡Esta *viripotens* le hará mi amigo para la vida entera! Entonces, esta muchacha *viripotens* se llama...

—Eglantín. Es una mujer de dulces maneras, de compañía agradable, bien conectada socialmente, dotada de un temperamento ferruginoso, y el matrimonio colmará dignamente las impacencias de su juventud. ¡Si el señor marqués Anselmo de los Tilos se digna a bajar sobre ella la majestad de sus pestañas, tendremos el honor de pasar en familia la tarde de este maravilloso día!

—He ahí una bella oración —dijo Naso, que se puso a pensar. Tenía en sus manos la posteridad de la familia de los Tilos.

—*Quota hora est*^[62] —dijo.

—*Quinta*^[63] —contestó Lafourchette.

—¡A las siete, el señor marqués y yo llamaremos a su puerta!

Así, estos ilustres personajes terminaron el dúo de su elocuencia científica y Paracleto, pensativo, tomó el camino hacia el castillo.

Un mal casamiento. La hija de un escribano de provincia casándose con un ilustre de los Tilos. El antiguo árbol de los Tilos agitaría, por tanto, sus blancas flores sobre cabezas prosaicas. Lejos de los campos cultivados por sus ancestros, se vería transportado a los campos de la burguesía, formado por tierras importadas.

Apenas había opciones. La familia sería relevada, y sus descendientes transmitirían su gloria a las más lejanas generaciones. Además, Anselmo engrandecería a su esposa como el gallo ennoblecería a la gallina.

Confortado por estas razones de corral, el profesor llegó rápidamente al castillo y anunció al joven marqués su éxito total. Calmó sus ímpetus extraconyugales y le dio un discurso de una extensión y argumento cicerónicos acerca de las uniones legítimas consideradas desde el doble punto de vista de la moral y la procreación.

Al nombre argénteo de Lafourchette, Anselmo no frunció el entrecejo. Su virgen temperamento lo sometía solamente a las formas superficiales, sin ir más allá. Eglantín era mujer, ¿qué más necesitaba? Aún poseía esa edad ingenua donde uno se casaría con una escoba vestida de mujer.

Después de la cena, el castillo en agitación procedió a vestir

espléndidamente al marqués. Sus ocupantes estuvieron en pleno ajetreo durante dos horas. Las cascadas de agua lustral se deslizaban sobre su cándida frente hasta que las toallas perdieron su blanca textura. Los pots de ungüento liberaron sus fragantes olores. Los peines se destrozaban en medio de los vírgenes bosques que coronaban la cabeza del joven marqués. Los abotonadores se resistían contra las pretensiones de las obstinadas botas. Los armarios vomitaban arroyos de vestidos. Los tirantes estiraban sus elásticos para conseguir las tensiones de varias atmósferas. Y las infinitas corbatas desarrollaban en todos los sentidos sus variados pliegues.

A la hora fijada, el marqués parecía un oso vestido con camisa, estómago de encaje y portaba una espada de desfile.

En algunos minutos, seguido de su tieso y almidonado profesor, llegó al número 7 de la calle del Viejo Pergamino y preparó su entrada triunfal.

La velada estaba completa. Estaban allí el señor Lafourchette y su hija Eglantín; su primo Boussigneau, asistente del alcalde; los Gruñones, parientes lejanos de los Lafourchette y de toda civilización; y el padrino de la joven, de nombre Protesto, alguacil jurado, ducho en Leyes.

El salón resplandecía a la luz de dos velas que irradiaban tristemente a cada extremidad. Algunos trofeos de caza de poco valor se mostraban en las cuatro esquinas, mientras que una mesa de caoba de segunda categoría sobre la que se encontraba una jaula con pájaros disecados desempeñaba el rol del quinto «compañero». Las sillas y los sillones de paja ofrecían a los visitantes su dudosa elasticidad. Solo el sargento de la policía montada podría haberse sentado allí durante una hora, tomando en cuenta la dureza insensible con la cual su profesión dotaba a sus partes carnosas. En fin, se encontraba, delante de una ventana, un piano mal dispuesto, que encerraba en su seno el fiel eco de los utensilios de cocina.

Se anunció al marqués de los Tilos. El pánico comenzó a invadir a los invitados, pero se esfumó rápidamente. Anselmo hizo su aparición bajo los fuegos cruzados de las inquietas miradas. Los hombres se levantaron, las mujeres se balancearon, y los niños examinaban de cerca si este desconocido no tenía hilos en brazos y piernas.

Naso presentó oficialmente a su alumno, y al favor de las tinieblas avaras y propicias, Eglantín Lafourchette avanzó hacia él. Lo saludó y cuarenta y cinco primaveras saludaron con ella. Florecía, de hecho, bajo el sol del verano y del verano indio. Eglantín era gruesa, corta, repleta, envuelta en masa, redonda, esférica. Se cubría con peinados de su propia cosecha que mostraban una amplia gama de ornamentos en forma de vegetación tropical.

Anselmo la encontró magnífica. Era una edición aumentada de la Venus Afrodita. Vista a través del prisma de las pasiones imberbes, podría parecer como tal. Se le podría haber tomado por su propia madre, sin embargo era la hija.

Para abreviar, se saludó, se felicitó, se tomó asiento, se habló. Del tema general la conversación pasó al particular. El marqués, sentado cerca de la hija del escribano, conversaba tan bajo con ella que pasaron largo tiempo sin decirse nada.

Naso hablaba latín con su nuevo amigo, en el estilo del que tomaba las maneras quintilianas^[64], y compartió con él sus nuevas observaciones sobre las declinaciones irregulares.

Se jugó a las rimas^[65]. Aunque al marqués se le explicó el juego cien veces, su inteligencia rebelde no podía comprender el espíritu eufónico, y dejó escapar algunas desinencias heteróclitas que sorprendieron dolorosamente a la asamblea.

En cuanto al buen profesor, inmiscuía invariablemente en todo a su amigo Lhomond.

El resto de la sociedad habituó sus ojos al espectáculo desacostumbrado del joven marqués y de sus imperfecciones físicas y morales.

Sin embargo los dos novios, porque lo eran por su amor, se embriagaban de felicidad. Pronto Anselmo se animó, habló de la irregularidad del sustantivo *cubile*^[66], y enseñó a su amante la declinación de *tonitru*^[67]. En cuanto a lo de *cornu*^[68], el cuerno, parecía saberlo de nacimiento^[69].

Entonces se varió la velada con algunos juegos inocentes. En el juego de la gallina ciega, el joven Anselmo confundía extrañamente los sexos, y no tardó en tumbar la mesa y la jaula de pájaros a los que no les faltó más que una resurrección para volar. En el juego del sinónimo, donde se desea poseer aquel objeto, poderoso,

sensible, del cual haría sus delicias, su estudio, su pasatiempo más dulce, aquel que metería en su corazón, bajo su almohada y en su libro de oraciones, respondió que era el molino de viento.

En fin, la velada acabó bajo favorables auspicios. El joven marqués soñaba que veía pasar a Eglantín en sus sueños, y ella imaginaba las ingenuas delicias de un esposo inmaculado.

Al día siguiente, se decidió efectuar el matrimonio y, ocho días después, las campanillas de la iglesia llevaban a las orejas de los novios mil promesas halagadoras.

Naso Paracleto saltó sobre un pie el resto del día. Ya no era reconocible. Sus deseos habían sido cumplidos y veía en la posteridad de su querido alumno un largo camino para la familia de los Tilos.

¡El gran día llegó! Sin embargo, los Mirabelle, los de la Piedra Antigua y los Pertinax no morían de despecho.

El marqués se ruborizó como un vestal^[70] en pleno día. Había encendido la sagrada antorcha del himeneo, y la había conservado con un cuidado religioso. Sus estudios latinos habían sido un poco abandonados, pero por una causa perdonable. Poco después de atar el nudo, se retomaron de forma activa, y el joven Anselmo se proponía traducir, palabra a palabra, los amores de Dido y Eneas.

Buen y cándido joven. Corre a donde la felicidad te espera, a donde los placeres te llaman. Abre tu seno a los poderosos abrazos de una esposa de peso. Soporta a brazos abiertos las doscientas cincuenta libras de carne animada que el amor allí suspende. Permite a tu inteligencia acariciar las inspiraciones poéticas del Dios de Citera y con una legítima mano, desata el cinturón virginal de tu fatigada novia.

El devoto profesor tomó a su alumno por su cuenta. Lo instruyó en sus deberes conyugales, y le hizo una paráfrasis de toda la belleza de *duo in una carne*^[71] de la Escritura. Se hojeó sin descanso el gran libro de los misterios del mundo y, de sus páginas creadoras, el marqués de los Tilos tomó las enseñanzas supremas.

Luego, profesor y alumno pasaron a las deducciones prácticas de la existencia. Anselmo fue prevenido contra las tentativas desfavorables de los intrusos enamorados. Sentía su frente palidecer y sus cabellos erizarse en presencia de los posibles errores de un sexo muy frágil. Leyó temeroso la biografía de los famosos maridos

de la antigüedad y contempló, bajo las aguas turbulentas del mundo, los arrecifes que nunca sospechó. La vida, al igual que el mar, le parecía que tenía arenas negras. Lanzó la sonda y tocó un fondo de piedra donde se rompieron y debían de romperse aún tantos nidos matrimoniales.

Pero Naso le levantó la abatida moral. Las oportunidades estaban de su lado en los lazos que había contraído. Eglantín Lafourchette parecía hecha para hacer de él un marido feliz. Debía ser inaccesible a las seducciones heterogéneas y sustraerse a las tentativas antimaritales. Era un campo cultivado con cuidado, guardado con ternura, cerrado con prudencia, y su amor por Anselmo hacía de él al hombre de paja que ponía en fuga a los voraces pájaros y amantes devastadores.

El matrimonio del marqués no era más que un tema melodioso, sin variación, sin accidente, sin coda^[72], compuesto en la clave del placer y la felicidad.

La velada nupcial fue movida y apasionada. El impaciente marqués quería adelantarse al ocaso del día, pero, valiente amigo de las conveniencias, el enérgico profesor le opuso un ablativo y una voluntad absoluta a las que debió obedecer.

—Retrase, mi noble alumno, retrase el instante misterioso, donde el futuro de sus pasiones debe fundirse con el presente de sus placeres. Y recuerde las diferentes maneras de expresar la preposición *sin* delante de un infinitivo. Debe pasarse la noche sin dormir, *noctem insomnem ducere*, sin herir su conciencia, *salva fide*, sin pretender nada, *dissimulanter*^[73] y recuerde que el matrimonio no es otra cosa que una versión y que debe hacer la «palabra a palabra» de su esposa antes de buscar una traducción más libre.

En fin, la estrella de Venus se elevó sobre el horizonte del placer y hacia allí giraba Anselmo el telescopio de la impaciencia.

La bella Eglantín Lafourchette intentó vanamente llorar. El pudor no había podido agrandar el arroyo de sus lágrimas. Sus ojos no se desbordaban. Rodó sus inmensidades suavemente hacia la habitación conyugal, y la sociedad, con aires espiritualmente ridículos, desfiló ante el marqués.

Entonces Naso humedeció sus pestañas paternas de lágrimas involuntarias y Maro, su amigo, solo se expresaba a través de las interjecciones *O, evax, hei, heu, papae, hui*^[74].

En fin, Anselmo de los Tilos, hasta ese momento el último de su nombre, abrazó a su profesor, su suegro, y se fue.

Los pájaros batieron sus alas en su nido de verdor. Bajo la respiración balsámica del viento, la noche agitó sin ruido las diáfanas cortinas de su cama de ébano. Venus deslizó los rayos de sus miradas entre las misteriosas oscuridades, y el Cielo, dando a los sonoros suspiros sus desafiantes ecos, vibraba en un instante de placer, juventud y amor.

Nueve meses después, los Tilos estaban felices y nada perturbaba la felicidad familiar de las familias reunidas. Solamente el suegro Lafourchette, un poco fastidioso, como todos los viejos escribanos, trataba de convencer en algunas ocasiones a Naso sobre las dificultades científico-latinas.

—¿Conoce usted a Fedro^[75]? —le dijo el escribano.

—Sin duda.

—¿Cómo traduciría *anus ad amphoram*?

—*Anus*, «la vieja», *ad amphoram*, «del ánfora». ¡Es el título de una fábula!

—Comete un error grotesco.

—¿Cómo así? —dijo el buen Paracleto.

—¡Un error indignante!

—Señor Maro, mídase al hablar.

—*Amphoram* se traduce como «recipiente».

—¿Qué importa?

—*Ad* significa «sobre».

—¿Y entonces?

—¡Y *anus* no significa «viejo»!

Una casta furia electrizó a Paracleto y de no haber sido separados y no estar ambos cubiertos por pelucas, los dos campeones se habrían tomado por los cabellos.

Pronto, estos incidentes desaparecieron. Los dos campeones no excitaron más el alboroto moral. Se permitieron oxidar en la esquina de su espíritu la daga del chiste y la espingarda del sarcasmo.

Así es que la vida era tranquila en esta ciudad de predilección donde los pavimentos disfrutaban de un reposo inquebrantable.

El marqués de los Tilos no vio una nube en el horizonte de su felicidad. Algunos niños, ya fuesen varones o hembras, vinieron

cada año a fortalecer la esperanza de una descendencia inextinguible, y el devoto Naso Paracleto, que había terminado algunos comentarios útiles sobre las declinaciones irregulares, se ocupó de buscar las causas secretas que, desde el doble punto de vista de la gramática y del matrimonio, imposibilitaban a los verbos neutros gobernar al acusativo.

Colección de Cuentos vernianos

La obra cuentística de Jules Verne
(1828-1905)

suele ser pasada por alto con frecuencia, pensándose en textos triviales y carentes de interés. Nada más lejos de la realidad. Muchas de estas historias resultan sumamente atractivas por la variedad de temas y situaciones descritas. En ellas se asiste a la visión de un Verne más libre y abierto para hablar del mundo que lo rodea y más dispuesto a tocar temas inusuales en su obra, que rozan, en algunos casos, con lo fantástico y lo sobrenatural. El conjunto de cuentos escritos por Verne puede dividirse en dos etapas bien diferenciadas. La primera transcurre entre 1850 y 1865, período en el que abunda la diversidad temática en un joven Verne que vive en París y que busca convertirse en escritor, donde abundan los relatos de viaje, divulgación y exploración científica, pasando por algunos textos de corte histórico que muestran una afinidad evidente con los futuros Viajes Extraordinarios. Luego, una segunda etapa con textos redactados entre 1867 y 1892 donde aflora un Verne diferente, más satírico, burlesco, oscuro y filosófico.

Títulos que forman la colección:

1. *Un drama en México (Un drame au Mexique)*. Julio de 1851
2. *Un drama en los aires (Un drame dans les airs)*. Agosto de 1851
3. *Martín Paz (Martin Paz)*. Julio de 1852.
4. *Maese Zacarías (Maître Zacharius)*. Mayo de 1854
5. *Una invernada entre los hielos (Un hivernage dans les glaces)*. Mayo de 1855.
6. *El conde de Chantelaine (Le Comte de Chanteleine)*. Noviembre de 1864.

7. *Los forzadores del bloqueo (Les forceurs de blocus)*. Octubre de 1865
8. *Una fantasía del Doctor Ox (Une fantaisie du docteur Ox)*. Marzo de 1872
9. *Una ciudad ideal (Une ville idéale)*. Diciembre 1875.
10. *Los amotinados del Bounty (Les Révoltés de la Bounty)*. 1879
11. *Diez horas de caza (Dix heures en chasse)*. Diciembre 1881
12. *Frritt-Flacc (Frritt-Flacc)*. 1884
13. *Gil Braltar (Gil Braltar)*. 1887
14. *La jornada de un periodista americano en el 2890 (La journée journaliste américain en 2890)*
d'un
. Enero 1891
15. *La familia Ratón (La famille Raton)*. 1891
16. *El señor Re-sostenido y la señorita Mi-bemol (M. Ré-dièze et Mlle Mi-bémol)*. 1893
17. *El humbug (Le Humbug)*. 1910
18. *Pierre-Jean (Pierre-Jean)*. 1988
19. ***El matrimonio del señor Anselmo de los Tilos*** (*Le mariage de M. Anselme des Tilleuls*). 1991.
20. *El sitio de Roma (La siège de Rome)* 1991.
21. *San Carlos (San Carlos)*. 1991



JULES VERNE. (Nantes, 8 de febrero de 1828 – Amiens, 24 de marzo de 1905), conocido en los países de lengua española como Julio Verne, fue un escritor francés de novelas de aventuras y ficción científica, llegando a ser uno de los grandes autores escritores del siglo XIX.

Según datos de la UNESCO es el segundo autor más traducido del mundo después de Agatha Christie.

Licenciado en Derecho y establecido en París en su juventud, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud. Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. En su juventud escribió sobre todo poesía, teatro y cuentos.

En 1863, se erige en el creador de la novela científica al comenzar su ciclo de los *Viajes extraordinarios*, ciclo de novelas a través de las que describe el universo acercando a sus lectores a la ciencia y el conocimiento. Unido al apoyo de su editor Jules Hetzel, quien hizo que el éxito y las ventas de sus historias fueran en continuo aumento, publicó más de sesenta novelas entre las que destacan *Cinco semanas en globo* (1863), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *De la tierra a la Luna* (1865), *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1870),

La vuelta al mundo en 80 días (1872) y *La isla misteriosa* (1874).

Para documentarse pasaba días enteros en las bibliotecas estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos que luego vertía en sus fantásticas aventuras y se adelanto con asombrosa exactitud a muchos de los logros científicos del siglo xx. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, misiles dirigidos e imágenes en movimiento. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia ficción, aunque los expertos en Verne afirman que más bien escribía ficción científica.

Notas

[2] La gramática de Charles-François Lhomond fue publicada en español en 1833 con el título de *Gramática de la lengua latina de Lhomond*, cuatro años después de haber sido publicada en el original en francés. < <

[1] Verne, Julio: *Le mariage de M. Anselme des Tilleuls*, Éditions de l'Olifant

1991. Con notas de Jean-Michel Margot. < <

[3] Titán. Hijo de Tártaro y Gea, el más célebre de los que se rebelaron contra Zeus. En su fuga fue herido por el rayo y enterrado por Zeus, debajo del Etna, cuyo volcán representa el aliento del gigante. < <

[4] Joven bitinio, esclavo del emperador Adriano, que le hizo su favorito. Se le considera como el tipo de la belleza plástica. Se ahogó en el Nilo por adhesión a su amo, quien lo deificó. < <

[5] Rey de Francia desde 888 hasta 898. Hijo del conde Roberto de Anjou, conocido también como duque de Francia o conde de París.

< <

[6] La Liga del bien público es una rebelión de los príncipes, encabezados por Carlos de Borbón-Condé y otros grandes señores, contra el aumento de poderes de Luis XI (apodado el Prudente), rey de Francia entre 1461 y 1483. (*N. del T.*). < <

[7] Esta batalla se libró en 1525 entre el ejército francés al mando del rey Francisco I y las tropas germano-españolas del emperador Carlos V. Estas últimas resultaron vencedoras y el desenlace final se definió en las proximidades de la ciudad italiana de Pavía. < <

[8] Levantamiento popular de 1588 que estalló en París y que tuvo por causa principal la animosidad del pueblo hacia el rey Enrique III, bajo sospecha de querer nombrar como sucesor al trono a Enrique de Navarra, futuro rey Enrique IV de Francia. < <

[9] Cardenal, noble y estadista francés que ocupó el cargo de primer ministro del rey Luis XIII en 1624. Consolidó la monarquía francesa luchando contra las diversas facciones internas, contrarrestando el poder de la nobleza al transformar a Francia en un fuerte Estado centralizado. < <

[10] Desarrollada entre 1672 y 1678, la guerra franco-neerlandesa fue un conflicto bélico que tuvo lugar bajo el reinado de Luis XIV entre Francia y sus aliados contra siete provincias del norte de los Países Bajos. < <

[11] Serie de conflictos internacionales desarrollados entre 1754 y 1763, en la lucha por establecer la supremacía colonial en América del Norte y la India. El conflicto principal tuvo su centro entre 1756 y 1763, e involucró a la gran mayoría de las grandes potencias de la época. Los dos principales oponentes fueron Francia y Gran Bretaña.

< <

[12] Se refiere posiblemente al período conocido como *El Terror*, época de cambios centrados en la violencia de la Revolución francesa

(1789-1799),

que transcurrió entre septiembre de 1793 a la primavera de 1794, caracterizado por la brutal represión por parte de los revolucionarios a muchos de los burgueses ricos y nobles franceses que fueron perseguidos. Aquellos que pudieron huir, luego regresaron tras el ascenso de Napoleón Bonaparte al poder. < <

[13] Tras la expulsión de Napoleón Bonaparte en 1814, los aliados restauraron la Casa de los Borbones en el trono francés. El periodo se caracterizó por el restablecimiento de la Iglesia católica como poder político y por una profunda transformación de la vida política y social en Francia, que transcurre más en el seno social que en la superficie del Estado. < <

[14] Naso era el sobrenombre del poeta latino Ovidio (Publius Ovidius Naso), y Paracleto uno de los nombres bajo el cual se designa al Espíritu Santo. < <

[15] El héroe de *La Eneida* de Virgilio, es un sobreviviente de la guerra de Troya (citado por Homero en *La Ilíada*). Fundó un nuevo reino en Italia luego de los viajes y de las peripecias ocurridas en las peregrinaciones de Ulises y que son precisamente el tema de *La Eneida*. < <

[16] El abad Charles François Lhomond
(1727-1794)

fue un gramático francés. Además de ser el autor de la gramática latina, también lo fue de la obra pedagógica *De viris illustribus urbis Romae*, que fue el libro de consulta de numerosas generaciones de jóvenes latinistas. < <

[17] «Curioso de ver» (gramática de Lhomond, página 136). < <

[18] «Dios santo» (gramática de Lhomond, página 133). < <

[19] «La virtud y el vicio son contrarios» (gramática de Lhomond, página 134). < <

[20] Fin del verso 59 del libro XII de *La Eneida* de Virgilio. La cita completa es: *in te omnis domus inclinata recumbit*, que significa «toda nuestra familia vacilante confía en ti». En Virgilio, la familia en vías de extinción es la del rey Latino y la de su esposa Amata. < <

[21] Este parlamento del alumno es una cita inexacta de Virgilio (*La Eneida*, libro V, verso 481), donde Anselmo emplea por error *recumbit* en lugar de *procumbit*. < <

[22] «El buey cae al suelo» (traducción de Jacques Perret del verso 481 del libro V de *La Eneida*). < <

[23] «Sin embargo». < <

[24] «Un hombre de buenas habilidades en el uso de la palabra». Esta es la definición del orador expresada por Catón, el antiguo.

< <

[25] «Ni por los hechos, ni por la vista, ni por el oído, ni por el tacto». < <

[26] Según Lhomond (página 74), los verbos deponentes se conjugan en latín como los verbos pasivos. Existen los verbos deponentes de cada uno de las cuatro conjugaciones pasivas. < <

[27] «Por tanto». < <

[28] Orígenes fue un padre de la iglesia oriental, destacado por su erudición que vivió entre los años 185 y 254. Abelardo

(1079-1142)

fue un filósofo, teólogo, poeta y monje francés. Al hablar de género neutro, Verne, que hace una broma a través de su personaje Naso, hace referencia, sin duda, al hecho de que ambos hombres fueron castrados. En el caso de Orígenes él mismo se castró en su juventud. En el de Abelardo, famoso por sus amores con Eloísa (intelectual de la literatura francesa de la Edad Media), el tío de la joven que era el canónigo de la Catedral de París, al enterarse de la relación de los amantes consiguió sobornar a un criado y entrar con algunos servidores al cuarto de Abelardo y lo castraron. < <

[29] Eneas ama a Dido. < <

[30] Una de las formas nominales del verbo en latín. < <

[31] Liger error de Verne, que confunde el gerundio (declinación del infinitivo) y el adjetivo verbal en *-dus*, *-da*, *-dum* que depende del género (gramática de Lhomond, página 162). < <

[32] «amo, amas, ama, amamos» (gramática de Lhomond, página 32). < <

[33] Isla griega, donde había un magnífico templo consagrado a Venus, la diosa del amor. < <

[34] «Id a tocar el clarinete». Según Lhomond (página 91 y página 161). < <

[35] Noveno verso del cuarto libro de *La Eneida* donde Virgilio se refiere a Ana, quien en la leyenda cartaginesa es la hermana de Dido. Los romanos parecían haberla confundido por una falsa homonimia con una divinidad puramente local de Latio. Verne traduce libremente este verso que en realidad significa: «Ana, mi hermana, qué visiones me espantan y me tienen en suspenso». < <

[36] Aquí Verne se refiere al relato del historiador griego Jenofonte, un discípulo de Sócrates que participó como aventurero y posteriormente como comandante en la expedición. < <

[37] «Por tanto, me había acostumbrado a comparar las grandes cosas y las pequeñas». Verne confunde dos pasajes de Virgilio, el verso 23 de la primera bucólica que cita incorrectamente cuando escribe *si parvis...* en lugar de *sic parvis...* y el fin del verso 176 del libro IV de las Geórgicas (cita célebre que muchos diccionarios *Larousse* citan): *si parva licet componere magnis*, que significa «si es permitido comparar las pequeñas cosas con las grandes». < <

[38] Verso 18 de la primera bucólica de Virgilio que significa «Sin embargo, dinos, Titirio, quién es ese Dios (del cual hablas tanto)». La primera bucólica es un diálogo entre dos pastores, Melibeo y Titirio. < <

[39] Verso 498 del libro V de *La Eneida* de Virgilio. *Coincidit* es el comienzo del verso siguiente. < <

[40] Juego de palabras. Para seguir la misma cadencia de lo expresado por Naso (pequeña nobleza, pequeño espíritu, pequeña fortuna), Verne introduce el término «petit enfants» que pudiera traducirse como «pequeños niños», pero que en francés y en el contexto de lo que sigue significa «nietos», por eso luego hace referencia a los abuelos. < <

[41] Gorra cilíndrica o ligeramente cónica, con visera horizontal, que como prenda de uniforme usan los militares en algunos países. < <

[42] «¡Oh, qué vergüenza!». < <

[43] «No me permitiría ser perezoso». < <

[44] Contracción del superlativo *divitissimus*. La palabra *homo* (hombre) se presupone. La frase significa «el hombre más rico».

< <

[45] Aquí Verne copia prácticamente una página de la gramática de Lhomond con la expresión *Maxime omnium conspicuus* (el más notable de todos), la regla de los nombres partitivos y las tres formas de expresar «soy uno de los soldados» (Lhomond, página 143). < <

[46] «Un gran infortunio nos amenaza» (Lhomond, página 147). < <

[47] «Es abundante en riquezas, no le falta nada» (Lhomond página, 149). < <

[48] «¿Qué madre no quiere a sus hijos?». < <

[49] «Estaba colmado de pesar» (Lhomond, página 156). < <

[50] «Tengo el lobo por las orejas» (Lhomond, página 180). El sentido de la expresión en este contexto es: «tengo una solución».

< <

[51] En singular, *turba ruit* (la multitud se lanza) o en plural, *turba ruunt* (las gentes se precipitaron). Gramática de Lhomond, página 145. < <

[52] «He visto vuestra casa y he admirado su belleza» (Lhomond, página 169). < <

[53] Doble sentido, vicio de la palabra, cláusula, o manera de hablar, a la que puede darse más de una interpretación. < <

[54] «¿Qué locura te posee?». < <

[55] «Te dejo, te abandono». < <

[56] Así comienza el verso 135 del primer libro de *La Eneida* de Virgilio. Esta expresión que significa «a usted que debería» representa la entrada de la señora Bovary, luego de la pintoresca entrada de Charles Bovary que provoca una intervención enérgica y sobreexcitada del profesor. < <

[57] «Hasta cuándo», expresión famosa de Cicerón. < <

[58] Significa «Pero en realidad es que...». Esta expresión se escribe en dos palabras, aunque Verne la escribió en una sola en el manuscrito original. < <

[59] «Presta atención de no caerte» (Lhomond, página 205). < <

[60] Las tres expresiones significan lo mismo y están contenidas en la Gramática de Lhomond, página 175. < <

[61] Este es un término jurídico. Significa «casadera». < <

[62] «¿Qué hora es?» (Lhomond, página 173). < <

[63] Las cinco, literalmente «la quinta». < <

[64] Palabra formada por Verne. Con ella, alude al célebre escritor español Marco Fabio Quintiliano, quien fuera un gran orador en la época del imperio romano. < <

[65] En francés, *corbillon*. Se trata de un juego típico de sociedad donde los participantes deben mencionar la mayor cantidad de palabras posibles que rimen y que terminen en *on*. < <

[66] «La cama» (Lhomond, página 102). En particular la cama nupcial. < <

[67] «El trueno» (Lhomond, página 9). < <

[68] «El cuerno», ala de un ejército o de una escuadra en el ejército.

< <

[69] A continuación en el manuscrito original aparece una oración que no está completa y a la que le faltan algunas palabras que puedan determinar su sentido. En el original aparece «*Eglantine lui répondit grosse, expédition, Cour (sic)*

d'assise

». El editor ha puesto la expresión (*sic*) precisamente para significar que las palabras *grosse*, *expédition* y *cour*

d'assise

no tienen sentido para formar la oración. La palabra francesa *grosse* significa en este contexto «doce docenas», y es una expresión utilizada en el comercio de productos como clavos, huevos, etc. La palabra que le sigue, *expédition* que significa «expedición» guarda cierta lógica con respecto a la anterior. Luego, la expresión *cour*

d'assise

tiene un sentido jurídico. Por tanto se ha decidido no incorporar en la edición española esta oración. < <

[70] Doncella romana consagrada a la diosa Vesta. < <

[71] «Dos seres en una sola carne». < <

[72] Adición brillante al período final de una pieza de música. < <

[73] *Noctem insomnem ducere* significa «Pasar la noche sin dormir», *salva fide*, «sin herir su conciencia», *dissimulanter*, «sin pretender nada». Estos son tres ejemplos extraídos por Verne de la gramática de Lhomond, página 266, que ilustran las diferentes maneras de expresar la preposición *sin* delante de un infinitivo. < <

[74] Interjecciones que marcan la admiración según Lhomond, página 97. < <

[75] Fabulista latino imitador de Esopo. < <